

Francisco Javier Díez de Revenga, *Azorín, entre los clásicos y con los modernos*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2021 (Nueva Biblioteca de Estudios Regionales, 1), ISBN 978-84-09-34682-0. 369 páginas.

El profesor Francisco Javier Díez de Revenga tiene una dilatada carrera como autor de numerosos libros, sobre todos centrados en la literatura española del siglo XX, y con especial atención a la generación del 27, de cuyos estudios es un importante referente. En 2018 publicó en esta misma colección murciana el libro *Hicieron historia*, con retrato de sus numerosos antepasados dedicados a la Filología y la Historia desde tiempos remotos: de ese libro, por cierto, acaba de publicarse este año una segunda edición ampliada.

Azorín es un escritor levantino al que indefectiblemente se vuelve. Siempre he mantenido en mis ensayos al respecto que las mejores páginas que surgieron de su prolífica pluma fueron los brevísimos ensayos literarios, aparte de *Doña Inés*, que Elena Catena editó en Clásicos Castalia (1973), o la interesante novela, muy creativa, *La isla sin aurora* (1958). Por ello es absolutamente gratificante encontrar un libro sensitivo como este que nos ocupa, en el que el estudioso se despoja de la carga de onerosa documentación erudita para ofrecernos un texto diáfano y desnudo, un ensayo clarificador en que se reviven las ideas, el estilo y el pensamiento de este singular escritor que es Azorín. Un escritor que por cierto creo que hoy día no encontraría editor, porque estamos sumidos en los folletines pseudohistóricos y las novelas policíacas, y casi nada más.

Pienso que el estilo de Azorín en sus ensayos literarios es enormemente moderno por lo sucinto, breve, cargado de impresiones y ricas sugerencias, muy sensitivas todas en su impresionismo levantino a lo Sorolla.

Y mantuve siempre la idea de que la necesidad física de constreñir sus ensayos a la cuarta parte del folio de la Tercera Página del prestigioso diario *ABC* en que tan a menudo colaboraba es lo que le llevó a marcar ese estilo peculiar de textos de una intensidad especial. Como a la vez Azorín era un empedernido bibliófilo, pasión por el libro de viejo que tantos de nosotros compartimos, frente a la invasión del texto digital, pude pronto comprobar la penetrante sagacidad de sus sugerentes anotaciones, que se adelantaron a muchos estudios posteriores, aunque estos con más fárrago de documentación. Esas intuiciones he demostrado que se anticipan, solo por poner un ejemplo, a las teorías sobre el protorromanticismo de Russell P. Sebold. Hay por ello una enorme y rica cantidad de sugerencias en sus anotaciones a los clásicos, por los que siempre sintió pasión. Y quizás ello puede derivar en una invitación para que nos recluyamos en ellos, que nunca fallan, ante una situación tan peculiar del mercado del libro que nos aqueja, y que espero sea pasajera, en pro de una futura mayor creatividad literaria.

Insisto por tanto en que el estudioso de la literatura que se adentre en estas visiones breves que nos da Azorín al tratar acerca de los clásicos va a encontrar siempre una rica mina de ideas, las de un escritor sensitivo capaz de leer con deleite –*le plaisir du texte* que diría Roland Barthes– a otros autores de otras épocas, comprenderlos en profundidad, y dejarlo todo fijado en una diáfana sencillez de estilo, compatible con densidad trascendente de ideas. Podemos por ello aprender mucho de los breves ensayos literarios de Azorín, que invito a releer con placer.

Recoge en este libro el profesor Díez de Revenga una serie de trabajos sobre Azorín, escritos entre 1974 y 2019. Y en ellos aparece el Azorín amante de los clásicos, tanto como el innovador, y el autor que da su visión de España.

Hay aquí páginas memorables, como las que dedica a *La voluntad* (1902), que creo es un libro con una sensibilidad especial del que podríamos aún aprender, ahora que

tanto se habla de la España vaciada. Porque el sentir de Azorín está muy próximo al hombre de pueblo, y a los mismos pueblos que habita. Aunque su cariz ideológico esté próximo al conservadurismo político de Maura, como es bien sabido, hay en él una especial sintonía con esos dos aspectos, que confieren autenticidad y humanidad a todos sus escritos, con un sentido de la lírica en retórica de tono menor, como la llamaron los del 98. Porque para Azorín el sentido de la vida se encuentra en la vida apartada de los pueblos españoles, con su belleza y su pobreza, y siempre con su saber humano, que es lo que le lleva a esquivar la tremenda pregunta del *¿para qué?* que, de modo existencialista, torturaba a los personajes de su obra mencionada.

Díez de Revenga glosa el impresionismo peculiar del estilo azoriniano. Para mí que dicho estilo siempre tuvo relación con la pintura impresionista que pudo contemplar en París, una ciudad que le ocupó hermosos textos, que he estudiado por mi parte. Y aquí dejo el recuerdo de los maravillosos congresos bianuales que organizaba el profesor Christian Manso en la bella Université de Pau, en Francia. Porque los estudiosos franceses supieron ver enseguida la enorme vinculación de Azorín con el universo cultural francés, hoy que vivimos a cambio la influencia del pragmatismo anglosajón en nuestra literatura, que nos ha hecho derivar hacia otro concepto de la narrativa y de la literatura, que sería impensable en el rico siglo XX español.

El autor también glosa aquí, con sensibilidad crítica, los diversos registros que se encuentran en *La voluntad*. Estudia la modernidad que vio Azorín en 1902. Glosa así una época verdaderamente gloriosa, creo, de la cultura occidental, anterior a la Primera Guerra Mundial, y que ofreció piezas maestras en literatura, música clásica y pintura, de un modo verdaderamente admirable, interrumpido por la Segunda Gran Guerra.

En este libro se coteja la visión de Yecla, propia de Azorín, con el trasunto de Yécora de *Camino de perfección* (1902) de Pío Baroja. De este modo el peculiar tratamiento del paisaje azoriniano queda de manifiesto en páginas llenas de sensibilidad crítica, por parte de Díez de Revenga, que hermana su sentir al de Azorín, prolongando en su texto el sentir del escritor del 98. Es como si se fundieran ambos autores en una misma pulsión vital, que une el sentimiento azoriniano con el del crítico que le estudia. Un crítico, el profesor Díez de Revenga, que esconde hábilmente en este libro su inmensa sabiduría acerca del tema, para ofrecernos la idea desnuda y clara con la que quiere definir al creador. Por ello el libro que comento ofrece una calidad de ensayo a su vez creativo, que se lee de forma amena, por más que en él se contengan muchas ideas y sensaciones: las sensaciones que vivió Azorín y las que despierta en el crítico que con él se funde. Todo ello creo que quizás podría vincularse con lo que Georges Poulet –otro gran crítico sensitivo, paladín de la crítica temática ginebrina, anterior al bobo formalismo racionalista del estructuralismo y la semiología– llamó *crítica de identificación* en su hermoso libro *Les chemins actuelles de la critique* (1966). Siempre respeté por mi parte la crítica temática en lengua francesa, que aportó textos que superan la caducidad del tiempo que sin embargo afecta al estructuralismo y semiótica posteriores, carentes de su encanto y lirismo... Porque creo que la mejor manera de acercarse a un escritor como Azorín es esta que nos ofrece el profesor Díez de Revenga: con solidez de argumentos e ideas, pero con sensibilidad crítica, fruto de la sabiduría.

También hay en este libro acertadas calas en los autores más queridos de Azorín, como lo fue Saavedra Fajardo –vi una rara edición de su obra, en la biblioteca del escritor que se conserva en Monóvar–. Luego también estudia la admiración de Azorín a Francisco de la Torre.

Sobre la referencia que recoge Díez de Revenga al pintor Aureliano de Beruete, a quien dedica *Castilla* (1912), me llama la atención la gran vinculación que el autor del 98 tuvo con pintores de su época, pero no con los impresionistas franceses del momento, que

como dije creo son clave para comprender su propio impresionismo literario en estilo. Revenga estudia ampliamente este libro mencionado.

Muy interesante es el capítulo que se dedica a «La España del 98», en donde se glosa el concepto que de nuestra nación tenía Azorín, lo que justifica creo su abnegada dedicación a la política en las filas de Maura conservador. Añado un dato: se ha hablado por cierto de su evolución ideológica desde el anarquismo al conservadurismo. El anarquismo aparece en los primeros volúmenes de la edición de sus obras completas por Ángel Cruz Rueda en Aguilar en los años 40. Curioso que este movimiento fuera duramente perseguido en aquella época por el franquismo, y que sin embargo este permitiera la publicación sin censura de estas ideas azorinianas. ¿Lo vieron como un rasgo de arrepentimiento casi religioso? Pero si comparamos la visión del anarquismo que el joven Azorín tenía en esas obras, resulta verdaderamente edulcorada y suave, frente a la impactante concepción del tema que aparece en *Baza de espadas* de Valle-Inclán. Para ello remito a la segunda edición de mi edición en Cátedra, Madrid, en 2021, de *El ruedo ibérico*, y a mi edición de todo un libro inédito de la serie valleinclaniana en *Manuscritos inéditos de El ruedo ibérico* (Sevilla, Renacimiento, 2019)... El anarquismo de Azorín, comparado con la visión tremenda de Valle, me parece totalmente descafeinado, mero fruto quizás de una moda juvenil.

En fin, hay en este libro de Díez de Revenga muchas sabrosas sugerencias, por ejemplo relativas a *El político* (1908) y la actividad periodística de Azorín, que tan bien estudiara E. Inman Fox. Su concepto de España. Y su libro *España* (1909). O sobre la Primera Guerra Mundial, que ya estudié por mi parte que le marcó para evitar el exilio y coexistir con el franquismo.

Se glosa aquí su importante colaboración en *ABC*. Su actividad política en relación a Juan de la Cierva, en 1921-1923. Se aporta documentación inédita de la relación epistolar con Emilio Díez de Revenga. La tradición áurea en *Don Juan* (1922) y *Doña Inés* (1925)...: preciosa esta última novelita, de lo mejor del escritor, en 1921...

Se glosa la relación con los poetas, especialmente difícil con Juan Ramón. O sus ideas acerca de los autores del 27, a quienes elogia. Se estudia el paisaje levantino en Azorín y Miró. Para culminar con un análisis de *Diario de un enfermo* (1901) y de esa singular novelita que es *La isla sin aurora*.

Un libro este, en definitiva, para abrir los ojos a los jóvenes autores que hoy viven a espaldas de nuestro rico pasado literario, que hay que conservar y difundir.

Diego Martínez Torrón
(Universidad de Córdoba)